

TENTACION

POR JUAN MIGUEL OLAECHEA

El autobús ha coronado el puerto y el silencio pone fin al viaje. Los árboles espigados, las rocas rodeadas de verde color; las laderas —golosas avanzadillas para el montañero— de las cumbres lejanas y airosas, contemplan, sorprendidas, la llegada de un abigarrado grupo de alpinistas. Pero yo diría que ha enmudecido por un hecho de gran coquetería. Sabe que es la única voz de estos contornos y en ellos se ha asentado proclamándose heraldo absoluto. Es él quien avisa al peregrino el latir de la montaña; quien hace hablar a los árboles y a las piedras; silba, muerde, corta y hiela.

Pero ahora está quieto. Limpio y claro como una esperanza de bondad absoluta.

Los alpinistas se preparan para la marcha. Unos toman esa senda fría y húmeda de lodo negro que discurre entre los pinos y que asciende, como un tobogán, hasta verse luego, más allá de la copa de los árboles.

—Pero ¿dónde está «Whymper»? —pregunta un muchacho bien calzado y con una gruesa camisa de franela.

—No lo sé —contesta un viejo amigo de la montaña—. Se habrá ido solo, como siempre.

—Miradlo. Por allí sube —aclara un tercero—. Siempre que venimos aquí sube al mismo sitio. Que lleve buen viaje. ¿Le seguimos?

—¿Para qué? —interviene el de la camisa de franela—. ¿Para que nos haga lo de la otra vez? Dejadlo; va bien pertrechado y es prudente. Lleva un «schrader» y brújula. Y un altímetro.

—Y podómetro —ataja un mocete colorado, con un gesto un tanto irónico.

—Bueno, bueno —dice el viejo amigo de la montaña—. No hay por qué reírse de él. Estuvo el año pasado en el macizo de Posets y en el Aneto; ha subido el Vignemale por el «couloir» de Gaube. Conoce los «Picus» como su propia casa.

—Pero eso de ir solo —comenta uno del grupo— es peligroso. Claro que también iba solo Espinosa e hizo grandes hazañas.

—De acuerdo —exclama el joven colorado.

Nuestro héroe camina rítmicamente. No despacio, pero su marcha es buena. De vez en cuando se detiene y contempla el paisaje con gran delectación. (Acaba de leer una biografía de Guido Rey y siente a la montaña —al deporte puro de la montaña, a la belleza del paisaje alpino— con esa emoción que el alma destila por las cosas: desesperadamente en ciertas épocas de la vida.)

Se ha sentado sobre una roca colgante y hace balancear sus piernas sobre el vacío. Luego reanuda la marcha y saca sus provisiones junto a un nevero. Uno de sus mayores placeres es estar solo. «Solo, solo», se ha repetido muchas veces.

Ama la soledad como quien ama a las estrellas, al más allá de los astros. El aire, el perfil de las cumbres, el fulgor de los ibones y esas rosadas franjas de hielo en el atardecer, son sus contertulios.

Y allá abajo, el valle abandonado por él que le hace pensar en el regreso, le llena el espíritu de congoja. Odia los valles y la vida de relación; detesta la noche y la función fisiológica de la comida. Aquella porque le trae el frío y le obliga a dejar la montaña y ésta a regresar al valle, también. Piensa en el regreso como en algo inevitable. Sí: como el tributo que hay que pagar, durante muchos días del año, por estas y otras jornadas de soledad.

Pero ¿qué dice el aire, ahora?

El solitario montañero escucha algo, sorprendido. «He oído algo», se dice. «¿O es que estaba pensando?»

El aire repite: «¿Qué haces aquí, muchacho?» Al pronto ha comenzado a ver el aire en remolino, luego forma unas espirales y, más tarde, la forma que adquiere, le recuerda a un reloj de arena. Una forma humana va perfilándose y un joven vestido de negro, le pregunta:

—¿Qué haces, José?

Y ante el estupor del muchacho, continúa:

—No temas. Yo soy el amigo de los montañeros solitarios.

—¿Cómo te llamas? ¿Qué es lo que quieres? ¿De dónde has venido? —exclama el montañero, entrecortadamente y tembloroso.

—He venido del otro valle, me llamo Faustino y deseo charlar contigo.

—Pues, siéntate.

Los ojos del joven enlutado desprenden un fulgor extraordinario y su figura dimana un reflejo metálico. Con voz pausada y sentenciosa le dice:

—Mira, José: yo puedo concederte el don de permanecer en la montaña el tiempo que quieras. Me es fácil preservarte del frío y de la comida, del cansancio y de cualquier molestia y peligro. Yo puedo hacer de ti un montañero mucho mejor, capaz de realizar grandes proezas...

—¿Y por qué me has elegido a mí?

Faustino quedó pensativo por la inesperada pregunta y le dijo:

—Porque tú eres el mejor alpinista que conozco. Yo puedo darte dinero para desplazarte a los grandes macizos montañosos. Irás a las Dolomitas y al Himalaya...

—¿Y qué me pides a cambio?

—Solamente que, luego, seas consciente de tu valía y desprecies a los mediocres y oscuros compañeros con quienes tratas en tu club. Tú has subido solo al Vignemale por el «couloir» de Gaube. No me extraña que desprecies la compañía de tus amigos

—Pero si yo no vengo solo a la montaña porque los desprecio...

—Lo sé, lo sé. Vienes porque te agrada estar solo, pero ¿es mucho lo que te pido a cambio?

—Sí lo es. Tú me pides que sea vanidoso; que adore a ese ídolo que...

El sol tapado por una gruesa nube enfrió, con su ausencia, la cara N.O. del pico del Diablo y José sacudido por una ráfaga de aire helado, despertó reanudando, más tarde, su marcha.